

Quien se detenga para lanzar una mirada de conjunto sobre la vasta discusión dedicada en los últimos años a la educación sexual, tendrá que convenir en que, en la propia teoría a ella referente, se refleja la equívoca y disoluta situación de la vida sexual de nuestro tiempo. Hasta dónde las contradictorias opiniones pedagógicas en materia sexual están determinadas por los diferentes episodios de la experiencia ajena; en qué medida esas contradicciones arraigan a diversa profundidad en la experiencia propia y hasta dónde pueden tener su origen en la diferente aptitud para definir la vida sexual, independientemente de prejuicios y doctrinas de toda naturaleza, no es nuestro objetivo y puede, por tanto, permanecer al margen de esta investigación. No es nuestra intención —como en el caso del “Kinsey-Report”—, someter la realidad de la vida sexual a una descripción minuciosa o tomarla como punto de partida para una reflexión sobre las posibilidades de la educación a su respecto. Tampoco queremos enfrentarnos sistemáticamente con las teorías y menos aún con los sistemas didácticos sexual-pedagógicos propios de las grandes comunidades ideológicas. El objetivo de nuestros esfuerzos es, más bien, la búsqueda de un nuevo principio en el campo de la educación sexual. Mientras falte a ese principio la garantía experimental y crítica, incluiremos en el campo de nuestra observación tanto hechos y teorías de la vida sexual como procedimientos sexual-pedagógicos.

I

Nuestro punto de partida se halla, pues, en el terreno de la Psicología. Algunas aclaraciones de capital importancia para la caracterización de la vida sexual, pueden servirnos de introducción.

1) Frente a la opinión ampliamente difundida en los círculos académicos según la cual el encuentro sexual sería un simple fenómeno corporal o fisiológico en el mejor de los casos, que no lograría afectar esencialmente el centro de la personalidad, es necesario oponerle con todo énfasis este solo hecho: de que la sexualidad traspasa al hombre en su totalidad, constituyendo por ello uno de los factores constructivos esenciales de la persona total. La importancia que lo sexual adquiere en la totalidad de la persona, se demuestra no sólo en el período de la pubertad, cuyo tema específico es precisamente ese ensamble particular de la sexualidad que se despliega y la poderosa corriente de la individualidad que cobra configuración, sino en los resultados del Psicoanálisis. Lo sexual ancla más hondo allí, precisamente, donde las conviccio-

nes y los escrúpulos impelen a desmembrarlo de la vida común o a reprimirlo. Las desviaciones, fallas del carácter y la conducta, extravíos y perversiones a que tales representaciones dan origen, son prueba incontestable de que lo sexual, tan oculto como se lo quiera presentar, está en capacidad de producir efectos modificadores en todos los campos de la vida, aún contra la voluntad propia de su portador. Y ello porque en la construcción unitaria de la persona el reino de cada función se halla en activa conexión recíproca con todos los demás.

Por tanto no es en manera alguna indiferente para el hombre la manera de conducir su vida sexual; los ensayos emprendidos hasta hoy, con la acentuada intención de considerar la vida sexual respecto al valor y dignidad de la persona, a su rendimiento y el orden de su vida, como una cuestión tal vez indiferente, no se dejarán confirmar a la larga. Pues, tarde o temprano, partiendo del sexual, se modificarán los demás campos de la existencia. Hablando concretamente: nadie, cuya vida sexual transcurra desordenadamente, puede mantener por espacio indefinido la apariencia de orden en su vida general.

Pero así como lo sexual obra profundamente sobre los demás rasgos personales, pueden éstos a su turno, influenciar lo sexual. No se piensa aquí solamente en las excitaciones que, bajo el efecto de impresiones intelectuales, estéticas, inclusive religiosas, o, aún más, bajo brascas descargas afectivas, como miedo y cólera, pueden surgir e inundar el campo sexual, sino más bien, en las múltiples modificaciones y matices que lo sexual experimenta a la continua bajo la acción de representaciones, vivencias y modificaciones del impulso. Es necesario, pues, reconocer que lo sexual no es solamente cuestión de una satisfacción instintiva fisiológica sino que —así parecen demostrarlo nuestras breves consideraciones psicológicas— sólo puede ser completamente comprensible como problema antropológico total. Frente a tal conocimiento no constituye ninguna refutación decisiva la impugnación de que se hace objeto a las relaciones aludidas allí donde lo sexual, por desconocimiento de su esencia, es considerado y condenado como fundamentalmente inmoral. El hombre no gana en valor por el hecho simple de negar aquello que —bajo la presión de una determinada ideología— le parece indigno. Solamente puede ganar en valor enfrentándose a la problemática que, indudablemente, con lo sexual, como todo lo que para él incluye una decisión de valor, entra en la esfera de su propia responsabilidad.

2) Para esta toma de posiciones —y aquí equivocan la mayoría de las teorías de la vida y educación sexuales la realidad de la vida— no hay un camino de validez general, cuyas peculiaridades puedan ser fijadas. Si, como se desprende de lo dicho, lo sexual participa en la diferenciación de la individualidad personal, así mismo contribuye a la modelación de esa individualidad. Un rasgo personal básico, que por razones de temperamento o por azares del desarrollo, puede ser diversamente acuñado y dirigido y que, por tanto, puede influir con peso desigual y con diferentes acentos en la estructura general de la persona particular, escapa a la influencia de toda regla o receta. Algo más: se puede decir que lo sexual es tan pronunciadamente individual que sólo puede llegar a ser modelado por el propio ser individual. Con otras palabras: lo sexual, más que ninguna otra esfera de la vida, es y permanecerá siendo un problema de auto-educación.

3) En un tercer aspecto es necesario discutir los ensayos difundidos sobre auto-satisfacción. Se refieren éstos al supuesto derecho del individuo para conducir lo sexual según pautas propias, como un reino personal particular. Contra esa tesis deben ser mencionados aquí dos argumentos: en primer término la advertencia sobre el origen y sentido biológico de la disposición sexual que no sólo determina a qué sexo pertenece su portador, sino que decide, dentro de ciertos límites, qué grado de tipicidad y qué dirección son peculiares a su impulso sexual. Desde el punto de vista de la herencia no tiene, pues, el hombre su fuerza sexual de por sí y, por tanto, para sí, como fuente discrecional de placer. Aún para quien no reconozca los órdenes biológicos como instancias fundadoras del ser humano, no podrá pasar inadvertido el problema que aquí se insinúa.

Menos aún puede ser ignorada otra circunstancia que apunta igualmente hacia el individuo: el hecho de que todo acto sexual, prescindiendo de masturbaciones, presupone un socio. El encuentro con ese socio es de una intimidad sin par. En la serie de los actos sociales es éste de una singular intensidad. Cómo influye un acto de esta naturaleza en el socio, no depende de la voluntad de los participantes. Que favorezca el surgimiento de relaciones duraderas; que conduzcan y sometan al uno o al otro por largos períodos de la vida, hasta la servidumbre; que acarree efectos traumáticos de los cuales a su turno, surjan lesiones perdurables de la aptitud para la vivencia sexual y hasta neurosis; que provoque y consolide orientaciones normales o anormales; que despierte impulsos o que los mate, todo esto pertenece al dominio de los posibles efectos ulteriores. No hay por ello nunca completa seguridad de que el socio se sienta dichoso y no desilusionado, reconocido y no avergonzado. Quien contrae relaciones sexuales acepta la posibilidad de un cambio en su personalidad de acuerdo con el

grado de diferenciación de su socio, y corre, con ello, al mismo tiempo, el riesgo de un menoscabo del valor de su personalidad. Así se pone en evidencia que el encuentro sexual se halla, más pronunciadamente que muchas otras acciones, bajo la responsabilidad ética y social. El hecho de que esa responsabilidad no sea vivida ni advertida, nada prueba contra la insobornabilidad de su existencia. Confirma, a lo sumo, qué irreflexiva y egoístamente agotan su vida muchos hombres de nuestro tiempo.

4) Donde quiera que los cánones jurídicos tradicionales se han probado insuficientes para el mantenimiento de una vida ordenada, se proclama hoy, reiteradamente, un orden nuevo en el campo de lo sexual. El concepto de miseria sexual, común desde hace varios decenios a una gran parte de nuestra juventud, expresa ya la disposición a reconocer la presencia de relaciones imposibles de dominar con los métodos suministrados por el orden tradicional de la vida sexual: un estado de crisis que se conjuga con una crisis de derecho.

5) El argumento central en la discusión de la llamada miseria sexual fue impuesto antes que por el aplazamiento de las posibilidades matrimoniales, por la prolongación de la formación profesional, la inseguridad en la obtención de posiciones remuneradas y la falta de trabajo para grandes sectores de la juventud. Hoy se hallan otras circunstancias al orden del día: la ya a menudo descrita precocidad en la maduración sexual de muchachas y muchachos comprobada durante los últimos cincuenta años en todos los países civilizados y que ha anticipado, aproximadamente en un término de dos años la aptitud y la actividad sexuales, particularmente en las grandes ciudades; la dificultad creciente en la fundación de familias a causa de la carencia de habitaciones, la desproporción existente entre las aspiraciones vitales y las posibilidades económicas para su realización. Todos esos momentos, actuando simultáneamente, han dado origen a una serie de propuestas de solución todas bajo el signo de la supresión de la miseria sexual. Se trata aún de mostrar cómo esas propuestas, mientras más alivio ofrecen buscar, menos pueden ser observadas como solución del problema.

Es una cuestión de importancia fundamental saber si la problemática sexual de nuestro tiempo —que en última instancia se ha englobado en un problema del matrimonio— puede ser superada con la introducción de formas sustitutas para la vida común; si no se haría aún más cuestionable que hasta ahora, el orden de la vida matrimonial, mediante la introducción de legalizaciones aparentes para una vida común transitoria. No es posible tomar este hecho a la ligera, menos aún en presencia de la circunstancia de que, en muchos lugares, se ha decuplicado el número de los divorcios en los últimos quince años y que un porcentaje aún mayor de matrimonios se hallan en proceso de disolución interna. Frente a tales ensayos resulta no menos

admonitiva otra circunstancia poco atendida hasta hoy: el carácter de provisionalidad necesariamente adherido a toda unión sexual prenupcial introduce en las relaciones, desde su origen, el factor facultativo, no obligatorio. Aun prescindiendo del hecho de que la no obligatoriedad contradice fundamentalmente la esencia de una unión tan estrechamente humana, restan sin embargo, al lado de los efectos ya discutidos de tales relaciones, otros difícilmente evitables.

Justamente el factor de la no obligatoriedad permite la consumación de encuentros sexuales que el hombre jamás acometería como relación perdurable. Esas relaciones sexuales que no implican compromiso, se fundan casi sin excepción en la consideración unilateral del valor sexual actual del socio. Sin duda esto determina un refuerzo del momento sexual, dentro de una forma de encuentro interhumano, cuyo carácter sexual no es discutible, pero que sólo puede ser dignificado mediante una recíproca valoración de la personalidad. La consideración unilateral del valor sexual conduce necesariamente a fortalecer la disposición de contraer relaciones sexuales donde el valor específico de la personalidad del socio permanece dudoso. De esa disposición vive la prostitución, de ella viven muchas otras relaciones sexuales en que, sin embargo, la venalidad del socio no se exhibe tan crasamente. La inadvertencia de la indignidad personal de muchos socios sexuales se hace especialmente llamativa donde, como en el caso de las perversiones de toda clase, no desempeña ningún papel una regla de conciencia éticamente orientada.

5) Es notorio cómo por todas partes se experimenta lo imperfecto y disoluto de tales relaciones hasta el punto de que muy pocos se jacten de sostenerlas. De otra manera sería apenas comprensible que una gran parte de los hombres que se hallan fundamentalmente dispuestos a satisfacer indiscriminadamente sus necesidades sexuales, aparecen de otro lado dirigidos por la intención de tomar parte en las formas más íntimas e ideales de las relaciones amorosas. Hasta dónde se halla implicada en esta aparente inconsecuencia una necesidad de estimación propia, un afán de reserva moral o un impulso amoroso que ha permanecido insatisfecho en el disfrute sexual, sólo es posible decidirlo particularmente de caso en caso. Un hecho sí es incontestable: el de la extraordinaria extensión de esa contradictoria actitud en asuntos de la vida sexual. Desde este punto de vista hay que observar al esposo que busca conciliar la integridad del orden matrimonial con ocasionales relaciones extraconyugales o de la mujer soltera que ensaya encontrar entre sus diferentes socios sexuales, uno que la haga valer como su amante o amiga.

Es muy sencillo demostrar cómo la pretensión de conciliar lo inconciliable deja su impacto en el valor de la personalidad. El ocultamiento y disimulo inevitables desde el primer momento, las ex-

cusas y subterfugios sobre las perturbaciones casi automáticas de su seguridad personal y la irritabilidad y desconfianza consiguientes, los efectos todos de una vida así disoluta tienen que conducir a innumerables deficiencias y alteraciones de nuestras actividades porque la vida plena es limitada en el grado en que se la pretende apurar exhaustivamente.

Una mirada sobre el efectivo desenvolvimiento de la vida sexual de nuestro tiempo nos esclarece qué poco orden pueden aportar todos los ensayos adelantados bajo las condiciones del mantenimiento de un orden aparente: la ausencia de todo compromiso en las relaciones favorece el cambio constante de pareja de tal suerte que, la costumbre al cambio, relaja y pone en peligro la existencia de los vínculos amorosos más serios. Pero el cambio constante estimula solamente cuando conduce a nuevas vivencias y entonces son posibles aquí dos procesos: de una parte, elevación de la técnica en el amor sexual y, de otra, vulnerabilidad, propensión a las perversiones sexuales. Sea cual fuere la configuración de esos procesos, exhiben en todo caso el signo de una autovaloración de la actividad sexual y con ello el divorcio de lo erótico y lo sexual, divorcio que constituye, propiamente, la fuente de peligros para las relaciones sexuales de nuestro tiempo.

Se pregunta: cómo son posibles tales procesos? Habría entonces que indicar que una disposición del hombre para contraer relaciones sexuales sin el momento fundador de un vínculo amoroso, debe haber existido desde los orígenes del género humano. Seguramente es un prejuicio derivado de conocimientos insuficientes sobre la vida sexual de las diferentes épocas y pueblos, el creer que la urgencia de un orden en la vida sexual sea un problema exclusivamente del presente. Relaciones sexuales desordenadas, es decir, aquellas que no corresponden al código de la moral sexual dominante, han debido existir en todos los tiempos y que siempre se tuvo por necesario combatirlas es, solamente, una prueba de la exactitud de nuestra suposición. Y el esmero con que, casi en todas partes, los participantes trataron de ocultar del público las infracciones a su respectivo orden sexual, explica suficientemente la idea, en gran parte falsa, que hoy se tiene de la vida sexual de los tiempos pasados.

Hasta qué punto el hombre de nuestro tiempo, pese a todos los señuelos de emancipación, y con cuán profunda razón, considera como el caso ideal del amor sexual la unión de Eros y Sexo, lo confirma la observación de su considerable frecuencia y regularidad. El joven ve en la unión sexual la coronación de una relación amorosa erótica, quizás pura; mientras que la muchacha experimenta, en la actividad sexual que se realiza bajo tales circunstancias, un sentimiento de vinculación definitiva. Aquí y en todos los casos semejantes se presenta la unión sexual como la consumación de una

aspiración común que para ambas partes se ha hecho ya patente en muchos otros encuentros eróticos, no específicamente sexuales. No sin razón son casos de esta naturaleza los temas típicos de las más puras novelas de amor los cuales sólo se diferencian en que la realidad de la vida hace, a menudo, uso mucho más parco de los dramáticos impedimentos y dificultades de la unión a que el relato, destinado a provocar impresiones afectivas, tiene necesariamente que acudir.

Un ulterior camino conduce de estos casos a un extremo en que tan sólo es mantenida la ficción de un enamoramiento. Aún en los casos en que ninguna de las dos personas se hallen a la búsqueda de un socio sexual, es hoy suficiente un mutuo agradarse para pasar rápidamente a la unión sexual la cual no se sabe si conducirá o no a nuevos encuentros. Se piensa aquí en los hombres y mujeres que en la calle, en locales y en bailes se agradan recíprocamente. Justamente esa forma de la actividad sexual parece ser la que ha dado al concepto del amor —de todos modos terriblemente versátil— ese carácter de ambigüedad que necesita cuando debe servir como justificación a relaciones pasajeras, cumplidas bajo las impresiones del momento. La mera circunstancia de que en un programa cinematográfico de una hora y media se desenvuelvan encuentros de esta naturaleza, desde el principio hasta el fin y con todas sus incidencias, no ha contribuido en pequeña medida a asegurar la frecuencia que hoy le corresponde a tales formas de la unión sexual en que lo erótico sólo alcanza el carácter de un estimulante introductorio.

Entre las dos formas descritas se extiende una incontable serie de relaciones sexuales mantenidas bajo el pretexto de hallarse fundadas en "amor" y que reclaman el derecho a no ser consideradas como simples relaciones sexuales de una naturaleza primitiva. Así se expresa una necesidad profundamente arraigada en el hombre: la de elevar lo sexual a un plano ético alegando para ello una afinidad no puramente sexual. Es cierto que las diferentes formas —que serían de considerar aquí más de cerca— aspiran a esa moralización con muy diferente derecho. En cuántos casos, detrás de la pretensión de entablar con personas de otro sexo relaciones de amistad, se halla ya, consciente o inconsciente, la voluntad de convertir esa relación en fundamento de un enlace sexual con lo cual la duración de las relaciones se la hará depender de las experiencias ganadas en el trato sexual.

Pero también allí donde el fin de la unión sexual no actúa desde el primer momento como principio rector, es necesario contar con un supuesto: mientras más frecuente sea el cambio de pareja, tanto más naturalmente se representa el momento sexual como independiente en el primer plano, tanto más conscientemente se vivirá el fin sexual como el objetivo final de todas las relaciones amorosas, verdaderas o falsas, y tanto más, por consiguiente, se

divorciaron Eros y Sexo en los hombres. Y siempre será más pequeña la probabilidad de que vuelvan a unirse un día cualquiera, cuando se busque su concierto en una relación amorosa perdurable. Aquí, y donde quiera, se demuestra que la vida sexual, si no está sometida a una constante influencia educadora, espiritualmente ennobecedora, corre el peligro de hundirse sin esperanza en lo biológico-impulsivo.

Existen momentos específicos en la naturaleza sexual del hombre que hacen comprensible esa propensión a rebasar los límites correspondientemente fijados. Como tales mencionamos nosotros: la independencia del instinto sexual de toda periodicidad que queremos designar como su permanente disponibilidad (*Dauerbereitschaft*); más allá, la aptitud —igualmente privativa del género humano— de preparar y ejecutar conscientemente toda clase de planes a partir de lo sexual, más generalmente expresado; ensamblar lo sexual, con peso variable, en el sistema del pensamiento y la acción y, finalmente, el hecho de que las muy diferentes formas en que suele manifestarse lo sexual en el proceso de la evolución, dejan sus huellas específicas en la personalidad.

6) Sin embargo le corresponde al presente una posición llamativa en la historia de la vida sexual. Este aserto lo corrobora no sólo el creciente número de divorcios, el cada día más atrevido pronunciamiento de lo sexual en la moda, la propaganda, la literatura, el teatro, la fotografía; la consciente emancipación de la reserva y las costumbres tradicionales, sino que lo atestigua particularmente la publicidad del diálogo sobre lo sexual y sus formas de ejecución. Todo esto deja reconocer que han sido suprimidos límites vigentes, por lo menos ficticiamente, durante las dos últimas generaciones en la sociedad burguesa. Lo que aquí algunos experimentan como liberación, como destabilización de lo sexual, como la superación de una hipócrita mojigatería, inquieta a los otros como síntoma de la hipertrofia parcial y ardorosa de un solo campo de la vida.

Procesos de una tan enérgica eficacia jamás provienen solamente de afuera: presuponen siempre la disposición del hombre y esa disposición es un problema psicológico que es necesario analizar, así sea brevemente. Sería de preguntar: qué mueve al hombre de nuestros días a tomar un camino en el terreno de la vida sexual considerado como desaconsumbrado por la moral tradicional? Aquí sería del caso emplear una observación crítica de la sociedad y la cultura para constatar cómo las consecuencias del desarrollo de nuestra cultura y nuestra técnica han hecho cada vez más difícil el que el hombre oriente su vida hacia un horizonte superior. La carencia de un centro propio, de una finalidad normativa, la inseguridad de la existencia personal elevada por razones internas y externas hasta lo desmesurado y el miedo, como secuela de esa in-

temperie, empujan a los hombres a olvidarse, por lo menos intermitentemente, de sí mismos y de la realidad de su ser. La forma más burda de ese olvido es la embriaguez y es comprensible que una embriaguez que, en el proceso de su maduración, estimula al hombre intensivamente en la ansiedad expectante, es preferido a otras formas de embriaguez, tanto más cuanto que aquí, finalmente —lo cual es de gran importancia en nuestra pobre y calculadora época— cada cual paga consigo mismo. Agréguese a ello la horrenda capacidad del hombre para acostumbrarse, la cual justamente, es allí más manifiesta donde son menos las realidades que levantan que las presiones deprimentes y quedará visible algo de cuanto se halla detrás de las más características manifestaciones en la evolución de la vida sexual de nuestros días.

En presencia de esas relaciones no constituye ningún reproche ofensivo contra el sexo femenino la frecuente alusión a la resistencia mínima de las mujeres ante procesos de tal naturaleza. Seguramente se está en lo justo cuando se defiende el principio de que el estado de la vida sexual de un pueblo lo determina ultimadamente, la resistencia que oponen las mujeres a las pretensiones masculinas. No convencen mucho las consabidas razones según las cuales la mujer sucumbiría aquí, como en cualquier otra parte, a las autoritarias exigencias del hombre o sería sobre manera propensa a las novedades impresionantes de la moda. Hay que pensar, por lo menos, en otras circunstancias: en el ejemplo de aquellas mujeres que perciben su medio de vida de la entrega sexual o, mediante ella, pretenden mejorar su situación; en la glorificación estética del encuentro indecoroso y de la entrega, en que hoy parecen emular las obras de arte y la literatura y no en último, término, el excedente de mujeres y con éste el desequilibrio entre la oferta y la demanda que hace esta última aún más asqueroso. En este último caso nos referimos al destino de aquellas mujeres que, a causa del divorcio o la guerra, han perdido sus esposos y que, frecuentemente sin muchos escrúpulos, se lanzan a la lucha por el “hombre”.

De lo anteriormente expuesto se desprende, pues, que la Psicología, sin adherirse a ninguna de las teorías sexuales psicoanalíticas, está en capacidad de indicar los fundamentos y los impulsos más profundos de la vida sexual de nuestra época. Se puede dar en todo caso por característico que la irresponsabilidad ética y, particularmente la irresponsabilidad ética-social constituyen, hoy por hoy, la médula del problema sexual. Una irresponsabilidad que necesariamente se origina allí donde lo sexual se desliga del complejo total de una vida conducida responsablemente, atribuyéndole una supuesta independencia y considerándolo como un campo éticamente indiferente. Con base en los hechos y razones aludidos se nos puede dispensar el suministrar especificaciones que demuestran la

justeza de esta afirmación. Ello daría por resultado hacer aún más patente en qué se diferencian la vida sexual del hombre y la del animal.

Como todas las actividades instintivas del animal, también la actividad sexual se halla claramente delineada en el plan de estructuración y función de los órganos. Por esta razón y si prescindimos de los juegos sexuales de algunos animales domésticos, permanece unida en la forma más estrecha a la vida total de la especie animal y a su ritmo vital. Esa trabazón de lo sexual no ha sido impuesta al hombre; en la oposición o la unidad en que el espíritu y el instinto puedan encontrarse yace, precisamente, el carácter problemático de su sexualidad. Allí —como sucede en la errónea conducción de las relaciones sexuales de nuestros días— donde el instinto se impone, no solamente en ocasionales rompimientos con la voluntad espiritualmente condicionada, sino por un acto volitivo, por un querer consciente, es emancipado como de leche en sí mismo valioso, allí, decimos, se ha producido una consonancia falsa de espíritu e instinto que se aleja polarmente de aquel concierto en que el impulso y el espíritu, en inseparable unidad —Eros y Sexo— actuando en la misma dirección valoradora, permiten incluir y ordenar lo sexual en la referencia total de la vida del hombre.

Ya dijimos que esta forma ideal de conformación de la vida sexual del hombre no se puede lograr sin auto-educación. En realidad es lo sexual el campo más importante de ejercicio que se ofrece al hombre para su auto-educación. Una merma de su significación y trascendencia se hace sentir siempre allí donde al hombre se le hace demasiado fácil la solución de los problemas centrales de la vida. Bajo la divisa de “hacer fácil la vida sexual” están en marcha hoy innumerables propuestas. Que las tales hallen partidarios, es comprensible en presencia de la efectiva auto-renuncia que implica el llevar una vida sexual ordenada. No debe, sin embargo, olvidarse el hecho de que el alivio que sin duda acarrea consigo el acatamiento de esas propuestas, tropieza con inconvenientes fundamentales. El hombre tiene que crecer venciendo resistencias y la supresión de esas resistencias en puntos decisivos, no sólo le arrebató a la auto-educación sus impulsos y principios esenciales sino que disminuye la firmeza del hombre para consigo mismo. Y el hombre que está dispuesto al bien para con sus semejantes, necesita dureza consigo mismo.

II

Después de esta breve aclaración de algunos, en nuestra opinión fundamentales, problemas de la vida sexual humana en nuestros días, pasamos ahora —apoyados igualmente en medios de conocimiento psicológico— el enfoque de la cuestión: bajo qué presupuestos puede ser alcanzada una educación sexual altamente efectiva. También aquí debe buscar el punto de partida en la ineficacia

y, en parte, en el carácter perturbador de las formas de educación sexual que solemos encontrar.

1) Aún vive en nuestros días el tipo de educador autoritario que teme perder o ver menguada su autoridad, cuando para sí mismo, admite la existencia de una problemática vital de difícil solución o abiertamente insoluble. Con fuertes castigos y rudas palabras trata de sostener —aunque inconscientemente— la evidencia de la absoluta superioridad de su propia moral sexual. El deseo de aparecer —justamente frente a lo sexual—, como exento de toda preocupación y más allá de todo problema, denuncian solamente el riesgo que ellos mismos están corriendo. Ni ante los demás, ni ante sí mismos quieren tales hombres aceptar que los problemas de la vida sexual han existido o existen para ellos como para los niños y jóvenes que ahora vigilan y dirigen. Se cumple por ello aquí, en forma reiterada, una represión: no quieren recordar las derrotas sufridas por ellos mismos en el campo sexual; todo recuerdo de esa naturaleza lastima sensiblemente la consideración por sí mismos. Tampoco aceptan, obedeciendo a una necesidad de auto-cohonestación, que la problemática de la vida sexual tuvo o tiene para ellos casi idénticas características a la que exhibe la de los jóvenes para quienes se constituye en tribunal. Aceptarlo, equivaldría a desquiciar su presunta y afectada auto-seguridad. Y allí donde confianza y respeto por sí mismos son supuestos y falsos, todas las discusiones sobre cuestiones sexuales están caracterizadas por una posición de rigidez artificial. Con la inautenticidad resultante de toda esta falta de veracidad —por regla general inconsciente— surge, paralela a la carencia de todo ánimo comprensivo, la dureza de la intolerancia. Los más crasos errores de toda educación autoritaria actúan conjuntamente de suerte que no es motivo de asombro el éxito tan escaso reservado a una educación sexual de esta naturaleza.

Para una educación sexual efectiva se trata, por el contrario, de que el educador exprese inequívocamente saber por propia experiencia las dificultades inherentes al orden de la vida sexual (6). Así consigue crear él la atmósfera de confianza que dispone al joven para el diálogo. Cuanto más abiertamente surge en estos diálogos la impresión de que una lucha tenaz por el orden en la vida sexual es coronada por el éxito, tanto más eficaces llegarán a ser los estímulos que surjan de esas conversaciones. Claro, pertenece a la naturaleza de la cuestión, el que los supuestos indicados no necesitan ser cumplidos en el caso de los niños, como en el de los jóvenes.

2) Donde el educador ensaya colocarse en un plano superior al que él le concede a sus educandos; donde pretende ignorar para sí mismo los problemas presentes para sus alumnos, allí se hace imposible una verdadera actitud de confianza. Con ello renuncia anticipadamente a la condición más impor-

ante para prestar la ayuda a que está obligado por razones humanas. Cómo puede esperarse que el educando acuda con sus dificultades sexuales en solicitud de consejo y ayuda si no se le ofrece la comprensión indispensable? De esa manera se abandona al joven que lucha con sus dificultades, al fracaso deprimente de sus propios esfuerzos auto-educadores.

Justamente el acobardamiento, el desánimo, la desesperanza, juegan un papel particularmente agobiador en el onanismo. Es bien sabido que el onanismo hace su presa más fácil y con las consecuencias más pertinaces, en aquellos jóvenes que se sienten solitarios, temerosos y acobardados. Niños a quienes se suele dejar solos en sus hogares o se los arroja en compartimentos aislados, ceden a la ansiedad de estímulo y placer y se entregan con la mayor facilidad al onanismo, a menudo sólo para vencer conscientemente el miedo que los oprime. Las reiteradas recaídas que el joven sufre, pese a su mejor voluntad, acentúan su decaimiento multiplicando así su propensión a nuevas masturbaciones. Si a esto se añaden los castigos corporales y los accesos de angustia provocados por las amenazas, crece la posibilidad de un desplazamiento de la excitación (*Erregungsabflusses*) en la zona genital, de tal suerte que lo sexual se sustrae cada vez más a la disciplina de la voluntad.

Concurren ese estado ya vivido de debilidad de la voluntad con las amenazas aún persistentes que hablan ya de incurables trastornos del cuerpo y del alma, entonces se hace comprensible esa agobiadora melancolía en que puede caer el hombre joven en presencia de una desgarradora lucha que a él se le presenta como desesperada.

Aquí se hace evidente lo que significa para una profilaxia en la educación sexual, la alegría y la seguridad vitales y la íntima realización mediante una actividad llena de sentido.

3) El ensayo de escapar a los amenazantes peligros aquí mencionados tolerando y en algunos casos recomendando como solución de emergencia las formas de auto-satisfacción no protege contra el riesgo de una fijación instintiva de naturaleza auto-sexual y menos aún contra el onanismo mutuo. Facilita, además, lo que no es menos grave, el acceso a la actividad homo-sexual aún en casos en que no cabría hablarse, en la forma más lejana, de una disposición innata a la homo-sexualidad. Pero aun prescindiendo de estos peligros, queda un reparo de fundamental importancia: el campo de la vida sexual es el terreno más importante de la auto-educación humana. La voluntad del joven orientada hacia sí mismo y hacia la conducción responsable de la vida personal, encuentra aquí un campo de ejercicio de irremplazable valor. Justamente porque en el terreno de lo sexual la tarea de la auto-educación es tan difícil, obliga a los hombres, que se esfuercen por auto-educarse, a un constante ejercicio y despliegue de su voluntad. La

función que aquí puede asumir lo sexual es irremplazable precisamente porque aquí la propia voluntad está dirigida hacia el hombre mismo. Poder ser duro consigo mismo y fuerte contra sus deseos instintivos, es un presupuesto esencial para probar bondad frente a nuestros prójimos. Pues, quien está entrenado en la renuncia a satisfacer impulsos y deseos egoístas, ha superado una importante barrera que de otra manera estorbaría la colaboración con sus semejantes.

No es éste el lugar de discutir prácticas psicotérapéuticas muy difundidas, en las cuales, por lo menos así lo parece, el desenfreno del impulso vital individual es apreciado en forma más alta que la responsabilidad ética social. Serían aquí necesarias consideraciones fundamentales y muy específicas que rebasarían los marcos de una contribución destinada no a la polémica sino al esclarecimiento.

4) Considérese desde este punto de vista el problema del onanismo y con él muchas otras cuestiones atinentes a la satisfacción substituta de las necesidades sexuales y se pondrán de manifiesto las cambiantes concepciones y aptitudes que hoy se aceptan como opiniones satisfactorias de especialistas. El aserto compartido por la mayoría de los médicos en torno al onanismo, según el cual éste no sería perjudicial para la salud mientras no sea objeto de abusos y, consecuentemente, sería aconsejable tolerarlo antes que combatirlo con amenazas e intimidaciones que sólo logran provocar perturbaciones psíquicas, es justo cuando se pregunta solamente por la salud y no por el valor total de la personalidad. El valor de la personalidad asciende en la medida en que el hombre aprende a sobreponerse a sí mismo y a desarrollar las fuerzas de la voluntad al servicio de su auto-educación. En el camino de la auto-educación la lucha contra la satisfacción sucedánea del instinto sexual constituye una estación cuya importancia no es tan hacedero menospreciar. Estamos muy lejos de condenar en forma simple, como gravemente inmoral, toda actividad sexual prenupcial. Quien tal pretenda, con motivos éticos o religiosos, debe contar con que está adelantando una lucha estéril y que la carga de conciencia y el sentimiento de culpa que con ello ocasiona, pueden falsear el desarrollo de la personalidad y de su sexualidad con consecuencias difíciles de desestimar. Ya la sola circunstancia de que la relación entre la potencia del instinto y la fuerza de la voluntad sea diferente en cada individuo, determina el que la demanda de abstinencia sea también diferentemente acatada, según el caso particular.

Sin embargo, entre esta demanda y un franqueamiento de la actividad sexual en cualquiera dirección, se dilata un campo intermedio de posibilidades numerosas entre las cuales decide el hombre individualmente. De lo dicho hasta aquí debe haber quedado claro qué puntos de vista pueden intervenir en esa decisión: la importancia sobre-individual

de toda actividad sexual, destacada por nosotros en el Capítulo I, que proclama la responsabilidad ética-social; la obligación pedagógica individual que se desprende de nuestras reflexiones sobre la importancia del factor sexual para la auto-educación del hombre, y finalmente, las instancias contenidas en la estructura instintiva de la personalidad, su destino espiritual y sus relaciones con el mundo circundante que, como factores variables en la realidad de la vida y la educación sexuales ganan significación; todos estos momentos juegan un papel de suma trascendencia para ser perdidos de vista. Educación no es aquí por lo tanto, menos aún que en otras esferas, susceptible de ser alcanzada con recetas draconianas de naturaleza general; por el contrario es y permanece en todo caso, como tarea de una decisión responsable. Pero la decisión no se realiza jamás, por su propia esencia, recurriendo a esquemas de soluciones elaboradas; la decisión interesa y compromete la responsabilidad personal e implica con ello, consideraciones de todos los factores y condiciones en la proporción en que el individuo actuante tiene conciencia de ellos. En consecuencia, la solución propuesta significa que en ningún caso puede ser recomendada toda forma de actividad sexual. Ello equivaldría a educar al hombre para la irresponsabilidad. Restricciones demasiado severas, sin embargo, oprimirían a muchos hombres en forma insoportable. De toda suerte el hombre debe permanecer consciente, allí donde se compromete sexualmente, de que su actividad, ética y social, es todo lo contrario de algo indiferente. Sólo partiendo de ese conocimiento y de la responsabilidad que él alimenta, se desarrolla el afán del hombre porque su vida sexual no entre en contradicción con el orden de su vida ética. Donde ésta falta, carece todo principio de una auto-educación sexual.

5) Pero no se trata de hablar aquí solamente del fracaso de la responsabilidad individual y social-ética, sino de los equivocados ensayos de educación sexual en que no se logra reconocer en forma suficientemente clara la importancia de lo sexual y de las relaciones sexuales para el ser humano y para la vida de comunidad.

La creencia de que el reino de lo sexual es tan fácilmente accesible a la conducción intelectual como otros campos de la existencia, ha difundido la opinión de que mediante aclaraciones correspondientes sobre lo sexual, sus formas de consumación y su importancia, puede ser erigida en una efectiva moral sexual. Ha llegado a ser típico de nuestro tiempo el esperar efectos milagrosos de la aclaración sexual. En consideración a las preguntas relativas a la sexualidad que ya se plantean en la edad infantil, se han elaborado campos de enseñanza especial y formas de instrucción de cuya utilización se esperan resultados sorprendentes.

No se piensa aquí solamente en las explicaciones en el seno de la familia en que preguntas como "de

dónde vienen los niños, cómo llegan al vientre de la madre, qué participación tiene el padre en el nacimiento del niño" son respondidas según el orden en que van siendo planteadas. Una aclaración de esa especie puede ser de importancia duradera en la evolución de la vida sexual, en la medida en que se prodigue oportunamente y en forma digna. Característico de nuestro tiempo es también el tomar a la escuela como el lugar apropiado para la aclaración sexual; primero porque el hogar ha fallado absolutamente en ese sentido y luego porque se cree que la escuela dispone en la clase de Biología y quizás en la de Religión de los conocimientos que exige una aclaración y dirección sexuales. El camino usual de la explicación biológica que de la fecundación y el desarrollo de la semilla en las plantas desemboca en la procreación y nacimiento de los animales para tratar, finalmente, en los marcos de la Antropología y en la forma más o menos alusiva los mismos problemas en los hombres, corresponde en su progresivo carácter a representaciones pedagógicas muy extendidas.

Queremos prescindir de que la escuela, por regla general, llega demasiado tarde con las explicaciones que está en capacidad de ofrecer; de que nuestros niños mediante el intercambio de experiencias recíprocas reciben tales explicaciones en calidad de confidencias de tal suerte que las razones que les quieren transmitir, ni los alcanzan ni los conmueven. Más interesante nos parece otro momento: se debería meditar sobre el hecho de que enseñanzas de esta naturaleza no deben ser transmitidas como conocimientos escolares regulares en las horas comunes de clase, sino más bien que su carácter particular, altamente importante para la educación del hombre, sugiere una forma de transmisión individual. Toda enseñanza colectiva debe contar con que está actuando en forma diferente sobre cada individuo particular y que, por ejemplo, la activación de la voluntad en un caso, provoca en otro un repudio interno a todo ensayo de influencia. Al final de tales ejercicios escolares viene luego el diálogo entre los alumnos siendo de temer que el cambio de experiencias y puntos de vista haga aún menos eficaz la influencia que en un principio pareció haberse alcanzado.

De acuerdo con ello es de recomendar una aclaración individual que, por su esencia, apenas podría ser rendida por la escuela. Tiene que continuar siendo una cuestión del hogar. Sin embargo, la torpeza que por regla general se observa en tales ensayos de esclarecimiento por parte de los padres, difícilmente se deja descartar. Y aún aquellas explicaciones de los padres que son aceptadas gustosamente, no excluyen incomprensiones, acentuaciones falsas e imprudencias de las más variadas formas.

Todo habla, pues, de una división del trabajo entre la escuela y el hogar en que aquella transmita los conocimientos biológicos sin una referen-

cia directa a la vida sexual humana y sólo como presupuesto para la posterior explicación por parte de los padres. Una acción conjunta de escuela y hogar en que la explicación propiamente individual le fuera reservada a la familia —instruída convenientemente para esa difícil tarea— podría ser considerada en efecto como una solución apropiada al problema del esclarecimiento. Desgraciadamente se adolece, entre muchas otras cosas, de una estrecha acción común entre la escuela y el hogar, condición necesaria para la realización exitosa de tales esfuerzos clarificadores. Solamente donde la casa y la escuela se enlazan en recíproco cambio de experiencias y mutuo conocimiento de medidas, y con igual claridad, igual prudencia e igual responsabilidad ensayan cooperar en la misma tarea, se podrá hablar de una solución satisfactoria de ese problema.

Los reparos que hemos formulado en torno a las explicaciones por grupos y los eventuales efectos contrarios que puede producir, se dejan iluminar desde otro punto de vista. La particular intimidad de lo sexual que, pese a todos los esfuerzos esclarecedores, permanece irreductible, dificulta una información más profunda de los fenómenos sexuales, cuanto más que el propio educador actúa determinado por la vivencia de esa intimidad. El intento de alcanzar el grado de claridad que parece conveniente para una completa eficacia de la tarea educadora haciendo proceder la aclaración gradual de referencias preliminares, ha sido llevado a término en grandes proporciones recientemente en Suecia. Y muchas veces se tiene la impresión de que la aclaración sexual ha llegado a constituirse en el asunto central de la educación contemporánea de ese país. Quien parta de la suposición de que en lo sexual se trata exclusivamente de un campo de la vida comprensible naturalmente que puede y tiene que ser en su totalidad objeto de una consideración científico-natural como cualquiera otro campo objetivo de las ciencias naturales, no podrá levantar la menor objeción frente al experimento sueco. Mediante nuestras argumentaciones introductorias creemos haber producido frente a ellos la prueba de que la esfera de lo sexual no puede ser tratada en el mismo sentido que otros reinos de la vida, solamente desde el punto de vista de la ciencia racional.

Lo que parece haberse consumado aquí es una de esas irrupciones, comunes en nuestro tiempo, de la manera de pensar racional en el ámbito de la vida humana. Solamente quien se halle asistido por la creencia de que los acontecimientos de la vida humana se cumplen dentro de un orden racional, puede hablar en favor de una racionalización en la explicación de los fenómenos vitales. Pero que la específica y profunda originalidad, propia de lo sexual —como lo prueba el radiante efecto que, partiendo de él, inunda los campos de lo emocional— prohíbe un tal enfoque racionalista, tiene que

ser advertido siempre que se intenta subordinar la vida total a órdenes racionales. No consiguen, pues, todos los enunciados meramente racionalistas carácter obligatorio alguno frente a procesos de la vida que, por su dinámica y su especificidad, escapan a una final determinación racional. El inconveniente no radica, pues, solamente en la forma inadecuada en que se adelanta la aclaración sexual en la juventud y la infancia, sino, principalmente, en la esterilidad de tales esfuerzos, o, por lo menos, en su limitada efectividad frente a los resultados positivos experimentales. Más exactamente: no se producirán estos resultados positivos, lo cual no excluye la secuela de resultados negativos inherentes a ensayos insuficientes de clarificación.

Frente a todas las tentativas realizadas hasta ahora para alertar a los jóvenes mediante la enseñanza sobre la importancia y los peligros de lo sexual para la reglamentación de su vida en ese campo, resta, pues, vigente una objeción: su carencia de fuerza convincente. La cuestión que se insinúa aquí como problema específicamente psicológico, es la de lograr, según las posibilidades, fórmulas que eduquen y comprometan a la necesidad de orden en la vida sexual. En primer lugar es necesario mencionar aquí el momento de la preparación emocional para la explicación correspondiente. Hoy sabemos que los impulsos decisivos para la configuración de la vida, provienen de los fundamentos afectivos de la vida psíquica. Solamente de conocimientos arraigados en los más profundos estratos emocionales de la personalidad, se pueden esperar con suficiente probabilidad, influencias determinantes en la conducta. Se busca, pues, alcanzar las capas emotivas más hondas de la persona, combinando aquellas enseñanzas sobre lo sexual en aquellas concepciones ideológicas fundamentales que prometen el efecto más profundo sobre el hombre y su conducta. Es típica de esa orientación la naturalidad con que a menudo se funda la instrucción pedagógico-sexual sobre lo religioso. Sin embargo, ese camino debe ser tomado con la más grande de las reservas. Muchos graves defectos del desarrollo humano, en que lo religioso y lo sexual se presentan en una muy estrecha alianza, muestran con toda claridad que de allí pueden surgir no ya solamente peligros para la educación sexual sino también para el orden de la vida religiosa individual.

6) Sin pretender, con esta referencia, ejercitar una crítica fundamental a los intentos de influir en la vida sexual del hombre con motivos religiosos, nos parece indicado tratar de conseguir que se produzca la obligatoriedad de los enunciados pedagógico-sexuales aludidos, siguiendo un camino diferente de valoraciones. Aquí hay que pensar, en primera línea, en aquella vivencia de respeto que se experimenta no sólo ante el prodigio de lo sexual, sino frente a los portentos de la vida total. Encuentro respetuoso con las fases todas de la vida, in-

cluye respeto por el reino de lo sexual. La timidez con que muchos hombres se comportan en el terreno sexual está lejos de indicar, en todos los casos, una educación defectuosa y a mí se me hace a menudo esa reserva un documento directo de respeto no sólo hacia ese sino hacia todos los otros campos de la vida.

Hay que añadir a esto, ciertamente, una orientación moral básica más individual cuyo carácter de obligatoriedad no es pequeño. No puede perderse nunca de vista que la integridad, la rectitud en la conducción de la vida es una condición necesaria para el sostenimiento de la consideración que a sí misma debe la persona, y que esa integridad no se alcanza sino mediante la preservación y cuidado de sí mismo. Hoy tropezamos, ciertamente, con muchos hombres que no experimentan ya o no poseen esa necesidad de rectitud e intangibilidad y que, sin embargo, se sienten con derecho a exigir respeto, y, lo que es más, exhiben a veces tendencia desmesurada de autoconsideración. Lo que resulta altamente problemático es si los "éxitos" que hombres y mujeres se apuntan en el campo sexual, justifican esa elevada estimación de sí mismos. Toda apreciación aislada de lo sexual, particularmente en una perspectiva de valor, separa la actividad sexual de la totalidad de las realizaciones vitales, divorcia Eros y Sexo en la forma trágica que ya fue descrita.

Pero más importante es aún la orientación social-ética de la educación sexual. La razón de la visible esterilidad de los esfuerzos dirigidos hacia la renovación de la vida sexual, parece residir en el hecho de que, así en el campo general de la educación, como en el de la instrucción sexual se apela muy directamente al egoísmo del individuo. Quien, por ejemplo, en el combate contra las enfermedades sexuales, no reconoce otro argumento que el de la defensa de su propia salud, pierde de vista la obligación ética-social sin la cual la prevención del contagio no puede fundamenatrse suficientemente. Y quien se acostumbra a moldear su vida amorosa en la forma menos comprometedora posible a fin de protegerse de las complicaciones que pueden surgir de relaciones responsables y por tanto comprometedoras, degrada la unión amorosa, sustrayéndola a la esfera de la responsabilidad social. Ninguna educación sexual puede tener éxito sin el llamado constante a la responsabilidad ética-social.

Si han de tener éxito los esfuerzos que, por el camino de una educación basada en la actitud respetuosa frente a las circunstancias de la vida, conduzcan a una responsabilidad moral y social del hombre en la ordenación y conducción de su vida sexual tiene que ser llenada, necesariamente, una condición, que, justamente en nuestro tiempo, exige ser expresamente formulada. La falta de asistencia y cuidado de la vida afectiva —presente ya desde la más temprana niñez— conduce por consecuencia a una pugnacidad, a un enfrentamiento irreconciliable de lo espiritual y de lo impulsivo en el hom-

bre. En lo afectivo experimenta el instinto, primeramente, su ennoblecimiento y solamente en lo afectivo realiza lo espiritual, con sus exigencias de valor, su más profunda humanización. De allí el que solamente una vida emocional plenamente evolucionada constituya un puente de suficiente resistencia entre espíritu e instinto. Y sólo donde ese puente, mediante la labor educativa, ha sido edificado, se moverán Eros y Sexo hacia el encuentro, hacia la unión de la cual depende la moralidad de la vida sexual.

Pero para una mayor y más efectiva fuerza de convicción (*Verbindlichkeit*) de los enunciados pedagógicos sexuales es necesario tener siempre presente la situación respectiva en que se halla el educando. El esfuerzo de ejercer una influencia pedagógica está siempre limitado, más en los niños que en los jóvenes y adultos, por la actitud tímida y huraña propia del momento actual de la vida en que se encuentran, limitación, por otra parte, muy difícil de superar. En el caso de los niños, más que en el de los adultos, se trata de aprovechar el "momento de fecundidad" en que pueden ser alcanzados por las influencias educadoras. Tanto más fuertemente vive el joven hacia afuera, tanto más difícil resulta aprovechar pedagógicamente, en forma fecunda, el instante de la auto-reflexión (*Selbstbesinnung*), a menudo tan inconstante y pasajero.

Los hechos anotados refuerzan la precaución ante los ensayos de la aclaración por grupos. Fuera de esto hacen cuestionable y dudosa una progresiva aclaración sexual siguiendo el rígido orden de los demás ejercicios escolares. En ejercicios de esta índole debe contarse con que un alto porcentaje de los niños y jóvenes aludidos no serán alcanzados e influenciados en forma suficientemente profunda por la enseñanza. Pero también la instrucción individual supone y exige que aquellos que la adelantan animados por el propósito de darle toda su fuerza persuasiva, estén al tanto de la situación interna del joven que se pretende ilustrar. Estos supone un tacto tan fino que ni siquiera llega a ser logrado mediante una formación psicológica, por metódica y seria que ésta sea.

En cuanto respecta al hogar, la enseñanza debe fundarse en las etapas más importantes de la vida infantil. Aquí, como en determinadas transiciones a nuevas formas de vida y fases de evolución, donde el joven es enfrenta esperanzado a lo porvenir, se halla por regla general particularmente dispuesto a enseñanzas que él acepta como reglas para la vida futura y su orientación. Más abierto aún que en momentos de fracaso y rechazo se ve obligado a replegarse sobre su propia alma, descontento y en lucha consigo mismo. Y algo que importa tanto para la unidad de la persona total como es lo sexual, no debiera ser nunca acometido justamente en los instantes de desavenencia interior del hombre.

El hecho de que muchos educadores, particularmente padres y maestros, no se hallan dispuestos a comprometerse en una educación sexual directa, hace comprensibles dos fenómenos: de un lado la pretensión, cada más extendida, de contribuir a la ilustración de sus hijos y discípulos en los problemas de la sexualidad, sin una irrupción franca, directa en el campo de lo sexual, por el camino de las referencias indirectas. Esfuerzos de esta naturaleza no aseguran siempre una completa claridad de los enunciados. De lo sexual se hablará allí, a lo sumo, con insinuaciones. En qué proporción tienen importancia esos esfuerzos para la educación, depende no solamente de la autoridad que el educador haya ganado en otras esferas de acción entre los niños confiados a él, sino del grado en que esos niños y jóvenes sepan interpretar sus alusiones. Por lo demás, el éxito depende, en tales casos, de la propia experiencia ganada por los niños y jóvenes en el terreno de lo sexual. Es decir que, justamente, el tratamiento del tema ante un auditorio ya ilustrado, permiten múltiples interpretaciones que pueden frustrar la cuidadosa discreción del educador.

De otra parte se ha extendido la costumbre, ya mencionada por nosotros, surgida de la timidez de muchos padres y maestros de sentirse personalmente responsables en la educación sexual de los jóvenes, de asignarle a personas particulares, por ejemplo a determinados maestros, médicos y sacerdotes, el encargo de tratar en conferencias, con miras y propósitos pedagógicos, el problema de la vida sexual. Ya han sido expuestos los reparos que serían aquí de formular. Pero debe subrayarse que también en estos casos resultan más fuertes los resultados desventajosos que los éxitos educadores.

Pero cualquiera que sea la posición asumida por el educador: tanto el silencio, como la alusión o como la exagerada insistencia y realce del problema, expresan exactamente lo mismo, a saber: la convicción, tácita la mayoría de las veces, de que se trata aquí de un campo de naturaleza particular con demandas completamente específicas, que no reaparecen en ningún otro terreno de la educación. Todo esto provoca, conscientemente o no un pronunciamiento, un realce del complejo de la vida y educación sexuales que hallan tanta resonancia en el joven mientras más orientadas se hallen su fantasía y sus necesidades instintivas en el terreno de lo sexual, bien a causa de una propia problemática vital, o bien a consecuencia de explicaciones provenientes de otras fuentes. El mismo realce se opera también en los niños pequeños cuando mucho antes de alcanzar la evolución apropiada, se sienten aludidos, con mayor o menor nitidez, por un hecho cuyo manejo resulta desacostumbrado, extraordinario, importante o peligroso, pero en todo caso fascinante.

No pertenece solamente a las particularidades de la vida psíquica humana el que, aquello que despierta consideración preferente gracias a su carácter fascinante, gana al mismo tiempo sobrevaloración. No es exclusivo de lo psíquico, el que pueda ganar en vigor aquello que, sin ser importante en sí, es colocado, mediante actos de realce, en el centro de la atención. Visto así, no necesita la prepotencia de lo sexual demostrar en cada caso la particular dinámica individual de lo sexual, como parecen pretenderlo muchos tratamientos psicoanalíticos. Más bien es posible que el tratamiento mismo, en tanto está ideológicamente determinado por el papel capital de lo sexual, provoque en su transcurso una exagerada valoración de su importancia. Es así como vemos confluír, sobre aquello que se coloca en el primer plano del interés, energías que de por sí no están a su disposición.

También debe ser recordado aquí que el mismo efecto, el realce unilateral de la importancia de lo sexual provocado por el trato revelador, puede surgir de igual manera del ocultamiento, el disimulo o cualquiera otra forma de acentuación afectiva que infunda a lo sexual la dinámica de una valoración especial en la experiencia del joven. Como en otros puntos se demuestra también aquí que medidas muy diferentes pueden conducir, en lo psíquico, a idénticos efectos, particularmente cuando entran en competencia dos formas muy diversas de legalidad: las que, respectivamente, le son propias a lo emocional y a lo racional. Fundamentalmente hay que significar que, el peso real que le corresponde a un fenómeno psíquico, no puede ser nunca aproximadamente determinado por una apreciación aislada, sino mediante una observación de vasto alcance totalizador que pueda ver lo parcial en conexión con la totalidad ordenadora. Y, precisamente, la consideración, el examen de conjunto, prohíbe acentuaciones falsas y unilaterales, también aquellas de proveniencia ideológica.

2. La circunstancia de que la trascendencia individual de la sexualidad está determinada, más, allá por la forma en que llegue a ser experimentada, repercute de manera completamente distinta en el campo de la educación sexual. Para algunos educadores está en primer plano la lucha contra un posible o ya en marcha desamparo sexual: para otros surge la exigencia rigurosa de la castidad pre-nupcial con tal fuerza que rebasa todo lo demás; un tercer grupo se vuelve contra el peligro de las enfermedades venéreas resultante de una vida sexual desordenada, y finalmente, una cuarta dirección se orienta contra la sexualidad de las artes plásticas y contra una literatura ilustrada que se ha extendido avasalladoramente en los últimos años. Deténgase el lector ante campos tan diferentes de lucha —cuya importancia no queremos de ninguna manera disminuir— y reconocerá cómo el aislamiento en que se mantiene la tarea de la

instrucción sexual dentro de la vida educativa de nuestro tiempo, da lugar a una preferencia de lo ya eliminado, de suerte que ya un aspecto, ya el otro, se coloca en el primer plano como si a ese solo le correspondiera la importancia decisiva.

En presencia de este inconveniente indudable surge la pregunta de si, mediante una tendencia opuesta es decir, mediante una consciente y sistemática articulación en el proceso pedagógico total, no podrían ser superadas deficiencias esenciales en la educación sexual contemporánea. Aquí hay que partir de un conocimiento que pasa siempre inadvertido a causa, precisamente, de esa tendencia a la incoherencia característica de la educación actual: nos referimos al hecho de la indivisibilidad esencial de todo lo pedagógico. El sentido de esa indivisibilidad, pide una corta interpretación. En el seno de la personalidad integral del hombre, urdido en numerosas relaciones sociales, no debe perderse nunca de vista un hecho: el de que, en el hombre individual actúa lo uno sobre lo otro, todo sobre todo; así exactamente, en el campo de lo social un grupo sobre otro a través del individuo. Esto significa, prácticamente, que, a través de las actuaciones del uno, también las posibilidades de acción del otro pueden ser considerablemente influenciadas, aumentadas, o reducidas o modificadas en su dirección.

De esta circunstancia, altamente complicada, que aquí sólo puede ser muy generalmente caracterizada, se ha tomado muy poca cuenta en nuestra educación. En el hogar cada uno educa, a lo sumo, a su manera y en la escuela cada maestro en el sentido de sus premisas educativas y con el énfasis y el vigor que le confieran respeto profesional e importancia personal. Más allá hay que pensar en las numerosas y contradictorias influencias, no pedagógicamente intencionadas, ejercidas por la vida misma.

En presencia de esa peligrosa disposición de la vida educativa de dar campo a influencias y reacciones continuas y heterogéneas, se levanta sobre el campo de la pedagogía sexual el interrogante de si no es indispensable en la esfera general de la educación, un celoso escrutinio de los actores de la enseñanza y de los poderes educadores, por lo menos en el caso de jóvenes que aún no disponen de la posibilidad de una decisión responsable. La cuestión aquí planteada es de importancia capital. Para el adulto o para el hombre en proceso de maduración no puede ser, en muchos casos, sino ventajoso experimentar el carácter contradictorio de las tendencias que acarrea la vida individual y social y verse obligado a tomar decisiones en que él —juzgándose y eligiéndose a sí mismo— gana sostén para hacer frente a las demandas que la vida total se encargará de proponerle. Mas, aquello que para el adulto puede ser de provecho, se prueba como extraordinariamente pernicioso cuando se lo traslada a la niñez. Aquí es donde la autoridad de los adultos,

costumbres y tendencias precoces se imponen más tenazmente y con mayores consecuencias que en etapas posteriores de la vida, es aquí donde debe hallarse la explicación de muchos casos de desarmonía en el desarrollo del individuo, con base en esa lucha interior y exterior entre influencias contradas y opuestas.

3. De nuestras reflexiones debe haber quedado claro, que para una efectiva educación sexual se hace indispensable superar ese aislamiento y esa parcelación aún dominantes. Que hacia adelante sólo puede conducir el ensayo, no de añadir, sino de ensamblar la instrucción sexual en la vasta totalidad de la educación.

Evidentemente se reflejan las debilidades de la educación sexual de hoy en otros campos parciales de la educación general, exactamente como ciertas manifestaciones actuales de la vida sexual en otros reinos de la existencia humana. El egoísmo que rige oculto tras la ideología de apurar los placeres sexuales, determina nuestra vida total y la invocación de tendencias egoístas a que se apela reiteradamente y sin escrúpulo en la educación sexual, no se diferencian sustancialmente de aquellas a que acuden la escuela y el hogar en la formación cultural general. A la sobre-estimación que sufre el goce de los placeres sexuales en su importancia para las aspiraciones de felicidad del hombre, marcha paralela una valoración unilateral de los éxitos exteriores de la vida que ignora, tanto como aquella, los verdaderos supuestos y los profundos objetivos de los anhelos de felicidad humana. La fuga en el olvido que toda embriaguez significa, la comparten muchos impulsos de la vida sexual con otras manifestaciones en las cuales busca aturdirse el hombre que no es dueño de sí mismo. El laberinto de la vida sexual y los errores de la educación sexual, vistos así, no están aquí aisladamente. Aparecen como síntoma de los mismos extravíos que determinan radicalmente nuestra vida presente.

Qué se insinúa, pues, al reflexionar, sino mediante acciones pedagógicas intensivas, orientadas hacia la lucha contra las más vastas causas de esos extravíos, ordenar las urgentes tareas de la educación sexual en el complejo de la educación total? No deben ser combatidos aquí, como en la nueva medicina, las causas efectivas de las enfermedades y no, como desgraciadamente sucede aquí y allá, solamente los síntomas?

En el sentido de presentar las fundamentales deformaciones de nuestro tiempo y de someter la totalidad de la acción educadora a una observación de conjunto, ha publicado el autor hace poco un pequeño libro "Revisión de la Educación" (Revisión der Erziehung. Editorial Quells y Meyer, Heidelberg. 1954) al cual él, sin necesidad de profundizar, debe referirse aquí.

Allí se ha ensayado hacer frente a la supuesta falta de claridad de la misión pedagógica de nues-

tro tiempo, mediante la presentación de dos objetivos que pueden valer para toda educación: para la educación intencional en el hogar y en la escuela, para la educación de sí mismo, y de los extraños, para la formación de jóvenes y adultos, pero también para la valoración de las reacciones educadoras inintencionadas, casuales, provenientes de la vida de comunidad, con sus órdenes y desórdenes. Se plantea la cuestión de si las exigencias de la educación sexual se dejan ordenar en aquellos objetivos, y en caso dado, con cuáles perspectivas de éxito.

Ante el tremendo fracaso en lo humano que ha llegado a ser sintomático de nuestro tiempo, aparece como primer objetivo de toda educación el desarrollo del ser personal en una dirección humanística, para la humanidad. Con ello no se piensa mucho en el trato con aquellos bienes espirituales en que se han expresado las más altas formas de evolución de la especie humana, sino en la humanización del encuentro del hombre con el hombre. En cuanto atañe al proceso educativo, esto significa que una educación humanística, para la Humanidad, en nuestro sentido, sólo se haría posible en la medida en que se lograra constituir comunidades educacionales fundadas en la responsabilidad frente al prójimo y en las cuales se ejercitaran con constancia aquellas virtudes de una vida conducida a base de recíproca responsabilidad. No cabe duda de que la tarea de la educación sexual en todos sus campos esenciales, puede hacerse manifiesta y operante en el aspecto de la obligación ética-social. Esto significa, prácticamente, que el orden de la vida sexual aparece como un problema soluble cuando se logra cimentar, mediante la educación social-ética, una responsabilidad humana tan eminente que también la conducta sexual se subordine a su efecto regulador.

Desarrollada en el mismo lugar la finalidad de toda formación cultural, a saber: la mayoría de edad espiritual del hombre manifiesta su importancia en el terreno de la educación sexual. Esa mayoría de edad espiritual que, en última instancia, significa relativa independencia frente a las orientaciones y prejuicios de la moda, más exactamente: independencia de las decisiones individuales frente a las influencias de la masa, le facilita al hombre la tarea de su auto-determinación. Y en el grado en que se progresa bajo la responsabilidad ética-social, conduce a la auto-educación y, al paso que regulando lo espiritual, influye sobre el proceso de una educación para la Humanidad.

Ambos objetivos suponen, para su realización, que los hombres de nuestro tiempo se aparten de falsos ideales. Aún se toma muy a menudo por felicidad el éxito personal y la seguridad vital inherente; aún consideran innumerables hombres como la culminación de una vida, dichosamente conducida, las oportunidades de goces ilimitados y la desenfrenada realización de aspiraciones y deseos per-

sonales. En este lugar es necesario decir que la superación del egoísmo franco o encubierto que una educación humanística en nuestro sentido, concluye, sólo se logra cuando le es dado orientar los hombres hacia su interioridad y consolidar profundamente su sentido por lo verdadero y lo valioso. La distinción entre un amor aparente y un amor legítimo, algo de suma importancia precisamente en el campo de lo sexual, implica un sentido desarrollado para lo duradero, es decir, para lo auténtico y valioso, una dimensión que ha perdido el hombre de hoy en el vértigo del afán de éxito y en la fuga del miedo. Mientras más claramente sea reconocida la filiación comunitaria de todo lo sexual, tanto más patente se hará el contrasentido vigente en muchas formas, aún comunes y corrientes, de educación sexual. Bien que la aclaración sexual se ponga al servicio de una inmunización contra procesos equívocos y seducciones, o se dé como instrucción anti-concepcional o protección contra contagios; bien que se ensayen legalizaciones aparentes y transitorias de las relaciones sexuales bajo ésta o aquella denominación, siempre habrá que preguntar al juzgar tales empeños, si éstos se vuelven hacia el egoísmo del individuo o si, por el contrario, toman impulso y derecho a la existencia del llamado, primero, a la responsabilidad interhumana. Algo que, como lo sexual, incide tan profundamente sobre el complejo de la vida social, no será puesto nunca, en forma lo suficientemente convincente, sobre el

plano de la responsabilidad ética y social. Empresas aún notoriamente influyentes en nuestros días, enderezadas a ennoblecer tendencias egoístas mediante conocimientos eruditos, algo como si un egoísmo bien entendido sirviera en la forma más eficaz a una conducta altruista, no rechaza el egoísmo concluyentemente a sus límites, sino que, más bien, lo transforma en base de una "ética social", que, a causa de esa fundamentación se pone a sí misma en tela de juicio, tanto en lo que atañe a su idea como a su acción.

La mínima exigencia de una educación a base de responsabilidad ética y social sólo puede ser la de conducir a los hombres, de todo corazón, a no emprender nada que pueda resultar lesivo al cuerpo, al alma, a la felicidad, al honor y a la integridad de sus prójimos. Esa demanda de toda pedagogía social, abarca los motivos esenciales de un orden en la vida sexual. Donde un hombre es educado moralmente en el espíritu de ese postulado, se harán innecesarias muchas prácticas de la cuales aún se sirve, demasiado ligeramente, la educación sexual en sus diferentes direcciones y campos de trabajo. Una fundamentación a base de responsabilidad ética-social libraría a la educación sexual —y eso es lo que nos importa— de ese precario carácter suplementario a que hasta hoy ha venido entregada, en parte por una intolerable sobrestimación, en parte por un insoportable abandono.